

RAGA ROSALENY, V. (2025) *Una casa fundada en el mar. Michel de Montaigne y las pasiones*. Madrid: Guillermo Escolar.

Una prosa ágil, muchas veces casi oral, permite una lectura fluida y agradable de ese libro tan interesante sobre Michel de Montaigne. Por mucho tiempo, hubo resistencia a la hora de considerar a Montaigne como un filósofo. En Francia, es común encontrar sus libros en los estantes de literatura, no en la sección dedicada a la filosofía. Hace ya cierto tiempo, sin embargo, que Montaigne es estudiado como filósofo. Por eso, la bibliografía secundaria filosófica es, de un lado, relativamente escasa y, de otro, ha ido mejorando mucho. El tema de las pasiones en Montaigne todavía merece más atención. Hay, que yo sepa, solamente un trabajo más sistemático sobre ese tema, el de Emiliano Ferrari (2014). El libro de Vicente Raga viene a llenar un hueco, sobre todo porque trata de ese tema crucial desde una perspectiva original.

El profesor Raga ha trazado un plan definido para el libro. Además de una introducción y de una conclusión, en las cuales el autor presenta las líneas de este, explicándolo y, finalmente,

extrayendo sus conclusiones para la filosofía política de Montaigne, el libro contiene cinco capítulos. Cada uno de los cuatro primeros está dedicado a una pasión, siendo dos pasiones tristes (miedo, melancolía) y dos pasiones positivas (alegría, amistad/amor). El quinto y último capítulo está dedicado a la mejor manera de vivir con esas pasiones, donde Montaigne critica la propuesta de un control directo de las pasiones por medio de una teoría filosófica y la sustituye por el método de la diversión. Así, este último capítulo abarca todos los anteriores, sea por recoger sus resultados, sea por unirlos dentro de una perspectiva más amplia.

Cada uno de los cinco capítulos tiene una estructura semejante, de modo que el lector percibe claramente que Raga organizó muy bien su investigación, desde la selección de los principales capítulos de los *Ensayos* de Montaigne, pasando por los comentaristas y hasta los libros generales sobre cada una de las pasiones estudiadas, y pensó con cuidado en como

presentar los resultados a sus lectores. En las respectivas introducciones, Raga siempre comienza por mencionar la pasión estudiada y dividir sus capítulos en tres partes principales: primera, una historia (más o menos breve) de lo que los filósofos antes de Montaigne han dicho sobre la respectiva pasión (miedo, melancolía, alegría o amistad); en seguida, una exposición de la posición de Montaigne sobre esa pasión; finalmente, una reflexión sobre la importancia y repercusión que la reflexión de Montaigne podría tener para los días actuales.

Así, pues, el lector no se pierde nunca en los análisis de Raga. Cada capítulo tiene una función en el conjunto de la obra y cada apartado contribuye al conjunto del capítulo. La única cosa que me pareció rara, pero es de menor importancia, es que las introducciones de cada capítulo sean tan largas, porque incluyen la historia de la pasión. Yo habría dejado una introducción corta y reservado todo un apartado para la historia de la pasión.

Las historias de cada una de las pasiones (así como de la manera de tratarlas) no pretende agotar su tema, lo que sería imposible. Raga presenta en líneas generales como han sido pensadas en la Antigüedad y en la Edad Media, para contextualizar el abordaje de

Montaigne. Evidentemente, el autor no ha hecho una investigación profunda, pero se apoya en diversos libros y artículos sobre cada pasión, revelando una extensa lectura y conocimiento de una bibliografía bastante actualizada. Para mí, que soy un ignorante en esos asuntos, me resultó muy provechoso e instructivo leer esas historias.

Las reflexiones sobre las consideraciones de Montaigne a propósito de esas pasiones y su impacto en la actualidad son sugerentes. Aunque no pretenda ir a fondo en esa dirección, lo que sería ir más allá de su proyecto, porque demandaría una investigación detallada sobre la sociedad contemporánea, Raga nos muestra claramente la pertinencia e interés de Montaigne para pensar cómo podríamos vivir mejor (Bakewell, 2017).

La principal tesis del libro es, a mi juicio, que Montaigne considera las pasiones no sólo como elementos fundamentales para pensar la moral, sino también para reflexionar acerca de las dimensiones sociales y políticas. Esa me parece una tesis muy interesante. No es novedoso apuntar el carácter eminentemente político de la filosofía de Montaigne (Schaefer, 1990; Fontana, 2008; Desan, 2017), pero me parece original señalar cómo las pasiones están imbricadas con la sociedad y la política,

esto es, su carácter eminentemente público. A mi juicio, esa tesis está bien defendida a lo largo del libro, aunque desearía tener más detalles sobre el funcionamiento de cada una de ellas.

Otra tesis importante es la idea de que, para Montaigne, no hay manera de controlar directamente las pasiones por medio de la razón, pero se las podría controlar indirectamente. En efecto, las filosofías de la Antigüedad, sobre todo el estoicismo y el epicureísmo, pretendían controlar las pasiones por medio de la razón. Para eso, ellas propondrían ejercicios espirituales, de modo que, aceptando sus teorías y debidamente entrenadas, las personas (los discípulos) vivirían mejor, quizás extinguiendo las pasiones. Montaigne no cree que hayamos descubierto la verdadera doctrina filosófica, ni que la razón tenga ese poder sobre las pasiones. Al revés, nuestra vida es inconstante y limitada, de modo que las pasiones juegan con nuestra razón, que les obedece al albur de los vientos.

Esa idea es particularmente desarrollada en el quinto capítulo, sobre el método de la distracción. Afirma Raga: “La distracción pone así de manifiesto en qué medida no controlamos nuestra voluntad, ni nuestra razón, exponiendo los límites del optimismo racionalista clásico, pero

también abriendo la puerta a un tipo de control indirecto de nuestras pasiones” (p. 202). Una contribución importante de Raga para ese tema es la sugerencia de dos niveles de diversión, “uno de carácter natural, propio de la realidad entera y de la ‘forma’ de la condición humana, caracterizadas por su ‘inconstancia’” y “un nivel ético o reflexivo, que convertiría la diversión en terapia conscientemente propuesta y seguida” (p. 197). Según Montaigne, es eso lo que somos: nada, sino viento, siempre en movimiento (III, 13, 1539). Así pues, reconocer la condición humana, inestable y variada, es el primer paso para esa terapia.

Raga se opone así a una tradición interpretativa de Montaigne, que empieza con Pierre Hadot (2006), según la cual los *Ensayos* serían ejercicios espirituales, pues esta interpretación comparte el optimismo racionalista que Raga denuncia (una crítica similar se encuentra en Smith, 2024). Por eso indica que hay “un arte de vivir que aboga por alguna forma de moderación de las pasiones, pero que tal proyecto se opone al ideal clásico, como la noche al día” (p. 211). En particular, esos ejercicios espirituales permitirían al filósofo practicante controlar su voluntad por medio de su razón filosófica, una suerte de “gobierno

interior, donde las causas de nuestros males serían puramente personales, endógenas o, diríamos hoy, psicológicas” (p. 211).

Según Raga, sólo es posible (y deseable) una forma de controlar indirectamente las pasiones, sobre todo por regulaciones sociales y políticas. “Tales diversiones [...] evidencian nuevamente que las propuestas de control pasional indirecto de Montaigne tienen siempre una vertiente social y política irrenunciable” (p. 206). Montaigne no pensaría en el individuo aislado, limitando su pensamiento a la esfera moral, sino en sociedad, abarcando también el ámbito político. De ahí el error de las interpretaciones liberales, como la de Thierry Gontier (2023). Raga ofrece dos argumentos: primero, “la obra de Montaigne no podría tener simplemente un sentido moral, porque los afectos tienen una prolongación pública” (p. 215); segundo, Montaigne “no encontró una identidad estable sobre la que construir el proyecto moral y político característico del liberalismo moderno” (p. 216). No hay un yo egoísta y aislado. Nuestras pasiones están constituidas social y políticamente.

Una cuestión tradicional sobre los *Ensayos* es la de su unidad. Montaigne no tiene una doctrina

filosófica en sentido tradicional y su estilo tortuoso, lleno de digresiones, hace muy difícil encontrar tal unidad incluso en un único capítulo. Además, la obra tuvo distintas ediciones durante la vida de Montaigne y dos ediciones póstumas, el ejemplar de Bordeaux y la edición de Marie de Gournay, que no siempre coinciden. Después de pasar revista a algunos intentos de organizar la sucesión de las ideas de Montaigne, Raga afirma que “una interpretación sistemática sería poco acorde con el carácter conscientemente ecléctico e idiosincrático de los *Ensayos* [...] En lugar de ello el libro se compone de una serie de capítulos a modo de ensayos” (p. 16).

Me parece que no siempre Raga ha sido fiel a esa idea. En particular, dice: “la obra del ensayista francés puede ser vista como una serie de ensayos de duelo, en los que cabe encontrar todos los ejes en torno a los que orbita la melancolía” (p. 91). ¿No se encontraría aquí una interpretación que daría unidad a toda la obra? Ese tema es retomado por Raga más adelante, cuando trata de la amistad. “Podría decirse que Montaigne se inició en la escritura mediante el género epistolar, con la edición de las obras de La Boétie, y continuó luego escribiendo *Los Ensayos*, como una forma de prolongar una amistad cuyo

origen había sido literario” (p. 154). Y luego: “la obra de Montaigne fue hija del luto y la melancolía hasta el final” (p. 155). Aunque reconozca evoluciones y cambios, Raga parece mantener que lo que le da unidad es ese carácter melancólico. De ahí su interpretación, en el capítulo tres, de un Montaigne melancólico, en contra la conocida interpretación de Screech (1983). Tengo la impresión de que Montaigne, de hecho, tenía algo de melancólico (“Tengo una manera de ser soñadora que me retrae hacia mí mismo” (III, 3, 1147)), pues decía que dejaba sus invitados tranquilos para poder dedicarse él mismo a lo suyo. Pero seguro no lo era enteramente y, mucho menos, a mi juicio, cabe decir que *Los Ensayos* son un libro cuyo sentido deriva del rasgo melancólico (ciertamente parcial) de Montaigne.

Además, no me parece correcto llamar a los capítulos ensayos, como es demasiado frecuente. Como escribe Joan Lluís Llinàs Begon (2023, p. xix):

Los Ensayos no se dividen en ensayos sino en capítulos [...] Eso significa que cada capítulo no es una experiencia aislada de Montaigne, sino que es una parte de un libro que contiene experiencias que se extienden a lo largo de varios capítulos o incluso de toda la obra”.

Este es un mero detalle, que no tiene ninguna relevancia para el libro, pero es importante señalar que ensayos no son

ejercicios espirituales, ni un género literario. Ensayar es, como dice Raga, “una manera alternativa de filosofar” (p. 209), es ejercitarse en la vida: “Mi filosofía está en la acción, en el uso natural y presente; poco en la fantasía” (III, 5, 1179).

En el capítulo cuatro, Raga no distingue suficientemente entre la amistad y el amor. Es cierto que, sobre el amor y la amistad, él dice que “Montaigne distingue y relaciona a la vez de un modo muy peculiar” (p. 20). Pero él se concentra demasiado en la relación con La Boétie, que es de amistad más que de amor, y deja de lado el amor en el sentido de *eros*.

La amistad es una relación entre dos almas, más que entre dos cuerpos, aunque no se deba separar cuerpo y alma de manera tajante. En las famosas palabras de Montaigne: “yo, de condición mixta, burdo”, con placeres “intelectualmente sensibles, sensiblemente intelectuales” (III, 13, p. 1540). Aunque algunos creen que la relación de Montaigne y La Boétie fue también de amor, “Montaigne condena la pederastia” (p. 153), al menos al principio. Después, se percibe una actitud más favorable a la relación homosexual, pero, en ese momento, La Boétie ya estaba muerto...

Lo más importante, sin embargo, es que la conversación entre dos hombres constituye la cumbre de la amistad. “El fin de esta relación es simplemente la intimidad, el trato y la discusión: el ejercicio de las almas, sin más fruto” (III, 3, p. 1153). En esa relación hay igualdad, pero también rivalidad. Montaigne trata de ese asunto en “Del arte de debatir” (III, 8), capítulo al cual Raga vuelve con frecuencia, porque es fundamental para su tesis sobre el carácter social y político de las pasiones, pues la amistad fornece un modelo para el convivio social y para debates políticos.

El amor, por otro lado, dice respeto a la relación entre dos cuerpos y, por eso, constituye la relación por excelencia entre un hombre y una mujer. Para mí es asimismo una buena relación la de las mujeres bellas y honestas. Si el alma no encuentra en esta un placer tan grande como en la primera, los sentidos corporales, que aquí también participan más, la llevan a una proporción cercana, aunque a mi juicio no igual” (III, 3, 1153-4).

Ese es el tema principal de “Unos versos de Virgilio” (III, 5), poco discutido por Raga. En ese capítulo, Montaigne distingue entre dos tipos de amor, el conyugal y el que se da entre amantes. El primero se aproxima a la amistad, pero no el segundo. Si Raga hubiera entrado en el meollo de esas relaciones, podríamos comprender mejor el rol del amor entre hombres y mujeres, dentro y fuera del matrimonio, así como la pasión

amorosa que, por ser mal comprendida, lleva, por causa de los celos, al dominio de los hombres sobre las mujeres (Krier, 2015).

Me gustaría terminar resaltando una idea crucial del libro: la actualidad de Montaigne. Es común decir eso, pero Raga lo hace de manera particularmente original. No se trataría de mostrar las semejanzas del pensamiento de Montaigne con lo que pensamos hoy, por ejemplo, sobre cuestiones de género, sino de ver aquello que nos permitiría hacer críticas a las concepciones vigentes y proponer alternativas más satisfactorias. “La vida de todos nosotros, de Montaigne y de sus lectores, tendría que ser un proyecto libremente configurado” (p. 211).

Destaco, en particular, las discusiones sobre la recuperación de la idea de divertimento de manera distinta a la de la industria del entretenimiento y la posibilidad de una política que no sea conservadora (p. 212-3) o liberal (p. 214-6). Pues, aunque Montaigne no sea un republicano (p. 213-4), no se puede minimizar el rol central de esta afirmación en su pensamiento político: “Odio toda suerte de tiranía, tanto la verbal como la efectiva” (III, 8, 1299).

Referencias

- Bakewell, S. (2017). *Cómo vivir una vida con Montaigne*. Traducción Ana Herrera. Barcelona: Ariel.
- Desan, Ph. (2017). *Montaigne: A Life*. Princeton: Princeton University Press.
- Ferrari, E. (2014). *Montaigne. Une anthropologie des passions*. Paris: Garnier.
- Fontana, B. (2008). *Montaigne's Politics. Authority and Governance in the Essais*. Princeton: Princeton University Press.
- Gontier, Th. (2023). *L'egoïsme vertueux. Montaigne et la formation de l'esprit libéral*. Paris: Les belles lettres.
- Hadot, P. (2006). *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Traducción Javier Palacio. Madrid: Siruela.
- Krier, I. (2015). *Montaigne et genre instable*. Paris: Garnier.
- Llinàs Begon, J. L. (2020), Introducción, en Llinàs Begon, J. L. (ed.), *Guía Comares de Montaigne*, Granada: Comares, ix-xx.
- Montaigne, M. (2007). *Los ensayos (según la Edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Traducción Jordi Bayod. Barcelona: Acantilado.
- Schaefer, D. L. (1990). *The Political Philosophy of Montaigne*. Ithaca: Cornell University Press.
- Screech, M. (1983). *Montaigne and Melancholy. The Wisdom of the Essays*. Londres: Penguin.
- Smith, P. J. (2024). Montaigne, des pratiques méditatives à la philosophie en action. *Bulletin de la Société internationale des amis de Montaigne* 79(2), 178-195.

Plínio Junqueira Smith
(Universidade Federal de São Paulo, CNPq)
plinio.smith@unifesp.br